

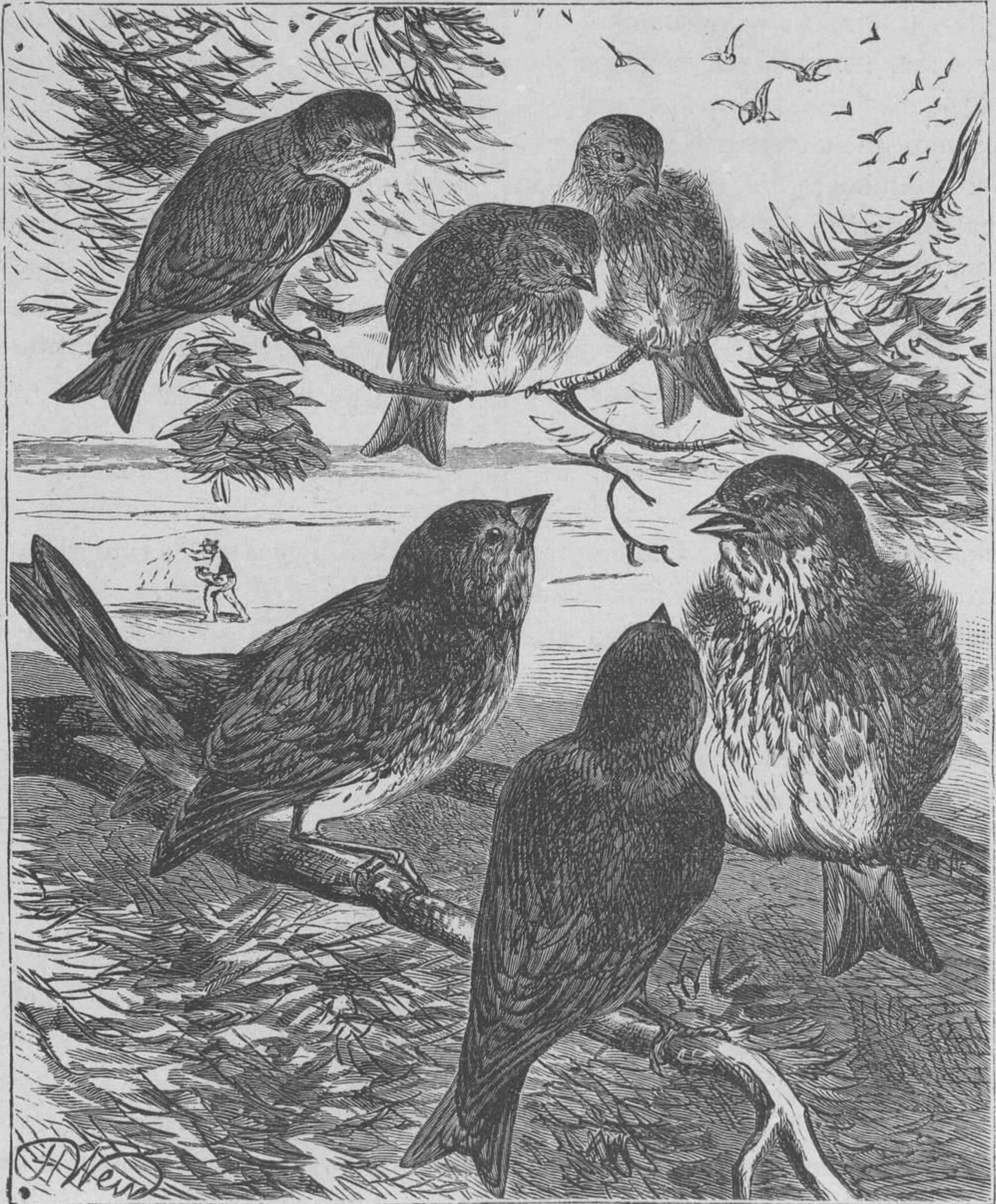
EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO ILUSTRADO.

AÑO XV.

MADRID 1.º DE JUNIO DE 1888.

NÚM. 171.



UN REY BUENO.

UN REY BUENO.

Era una fría mañana de otoño; estaba saliendo el sol y los pájaros entonaban un himno de regocijo á su llegada. Cansado de volar durante todo el crepúsculo de la mañana, paróse un viejo pajarillo en una gruesa rama sobre una espesa enramada, que cruja secamente cuando la mecia la más pequeña brisa.

Tenemos que advertir que se albergaba un sinnúmero de golondrinas en los cuatro aleros y en el tejado de una casa vecina, teniendo cada departamento un gobernador, y todos un rey viejo que residía en la parte más alta del tejado.

Este viejo pajarillo hacia tiempo que padecía una dolorosa enfermedad. Quedóse mi buen rey sumido en sus reflexiones, y viendo cómo el más pequeño soplo del viento arrastraba hácia el suelo un gran número de las secas hojas de la enramada vecina, cuando de pronto dió un grito y bajaron á ponerse á su alrededor los gobernadores de sus cinco departamentos. Celebraron entonces un consejo, parecido á nuestros consejos de ministros. Tomó la palabra el rey, que apenas podía hablar por los achaques de la edad, la enfermedad y el cansancio, lo que no le impedía ocuparse de su pequeño reino.

«Os he llamado, mis queridos amigos,» dijo, «para tratar de un asunto grave, que interesa al bienestar de nuestro pueblo;» y al oír esto, las caras de los cinco tomaron un aire de respeto y de curiosidad. «Se acerca ya la temporada de invierno y no podemos permanecer aquí

ni un día más; la mortandad en nuestro pueblo sería terrible á causa de los fríos; teneis que ir á la tierra caliente del mediodía; yo no puedo ir con vosotros porque ya no tengo fuerzas para ello y se caen las plumas de mis alas, y además mi enfermedad no me permite alejarme de mi casa; así es, que mañana, al despuntar el alba, he pensado que os alejeis.» Todos se quedaron sorprendidos y cabizbajos al escuchar sus palabras; pero lo que más les entristecía era que no fuera su rey con ellos y que se quedara allí, donde irremisiblemente había de morir.

«¡Oh! no,» dijo el más joven de ellos, «vendreis con nosotros, nosotros os ayudaremos á volar, no podeis quedaros.»

«Sí, debo hacerlo, quiero morir en mi casa.»

«¿Quién piensa en la muerte?» dijo otro.

«Vosotros sois jóvenes, teneis ante vosotros una vida larga; yo ya he llegado al fin de ella.»

«No, no, es imposible, no podeis quedaros.»

«Sí, y para ello he pensado nombraros otro rey.»

«¡Oh, no! si no quereis ir,» dijo el más anciano de los cinco, «sortearemos entre todo el pueblo, para que queden cien golondrinos atendiendo á vuestras necesidades.»

«No cedo tampoco á eso,» dijo el rey con tono solemne; «yo debo cuidar de mi pueblo, como hasta ahora lo he hecho, pero no consentiré que el pueblo se sa-

crifique por mí. Así vamos á nombrarle, para que podais marchar libres de cuidados.» Todos los pajaritos callaron; ya no se oía ni un gorjeo por el aire; los del congreso suspiraban. «Proponedme,» dijo, «al que creais más apto para ello.» Ninguno habló. «Bien; pues entonces examinad entre todo el pueblo, quién es el que más se interesa por el bien de sus conciudadanos, tratando de servirlos en todo; y que sea ese el elegido, y entonces tendreis un rey bueno.»

Y diciendo esto, le dió un acceso de la enfermedad que padecía, y espiró. Todos en la nacion lloraron al saber que el rey habia muerto. Al dia siguiente salieron y por proposicion unánime del pueblo se llevó su cadáver para enterrarlo en los paises á los cuales iban.

Desde entonces, y al empezar el otoño, siempre vemos alejarse multitud de golondrinas de nuestra tierra, que viajan á los paises cálidos, evitando que suceda lo que habia sucedido muchos inviernos en esta nacion; pues como este rey era tan bueno, llegó á ser conocido en todo el mundo golondrínico, y con él este consejo, que nos revela lo claro de su talento.



EN LA PESCA DE LA BALLENA.

El capitan West, del vapor ballenero *Lizzie N.*, y toda la tripulacion del mismo buque, se vieron obligados recientemente á sostener desesperada lucha con un monstruoso gibar ó cachalote. En-

contrábanse á 15 millas O. S. O. de la isla de Seguin y de la costa de Maine, cuando el capitan divisó al cetáceo y ordenó lanzar un bote al agua, en el cual se situaron el capitan, el segundo y cuatro marineros. El primero, provisto de un fusil cargado con una bomba explosible, ocupó la popa del bote, dejando el timon al segundo, y cuando estuvieron á muy poca distancia del cetáceo, comprendieron que tenian que habérsela scon un enemigo terrible, porque en lugar de huir, no se movia de su sitio, y giraba en un mismo círculo, esperando visiblemente, que se acercase la pequeña embarcacion. En cuanto estuvieron á tiro, disparó el capitan su fusil; pero como habia mucha mar, impidió la oscilacion del bote fijar bien la puntería, por lo que el monstruo fue herido gravemente, pero no de muerte, y ciego de ira, arremetió al bote, al cual de un coletazo hizo subir con todos los tripulantes unos 30 piés sobre la superficie del mar, y al caer en el agua, le hizo dar la voltereta, dividiendo en dos mitades de otro coletazo al marinero Jacobo Klock y matando á otros dos, Niel Olson y Cristóbal Johnson, que se habian asido á la quilla del bote. El capitan, el segundo y otro marinero pudieron ser recogidos desde el vapor, y se lanzó al agua otro bote para seguir y coger al cetáceo. Entonces atacó este al vapor, que, con una rápida maniobra se libró de la acometida; volvió el animal á repetir el ataque, y el barco lo repelió con tal fuerza

que, al caer el cetáceo en el agua, osciló todo cuanto había á bordo. Al fin, y aprovechando un momento favorable, pudo el capitán lanzar la segunda bomba, que dió al monstruo la muerte.

LA PEQUEÑA MADRE.

(CONTINUACION.)

XX.

Pequeña Madre fue trasladada á su hermosa cama nueva, sin darse apenas cuenta de ello. ¿Sería el resultado de este bienestar nuevo para ella, el tratamiento, ó más bien el triunfo aún de su buena constitucion? Nadie podría decirlo, pero desde este momento su estado cambió visiblemente, y el médico habló ya de la curacion. El progreso continuaba lentamente á traves de algunos accesos de fiebre. Pronto empezó á comprender lo que á su alrededor pasaba y á escuchar lo que se le decia. Tenia ratos de tranquilo sueño y le agradaba el vino y el caldo que la señora Grandville le enviaba. Un dia vino ella misma. Pequeña madre la miró atentamente, pero no dijo nada que revelase que la habia reconocido. El médico habia mandado tan terminantemente que se excusase todo lo que pudiera emocionarla, y sobre todo el recordarle las peligrosas impresiones que habia tenido ántes de su enfermedad, que nadie osaba preguntarle lo más mínimo. Pero se notaba bien que se esforzaba por reflexionar y recordar. A la mañana siguiente preguntó quién

era la señora que habia venido á verla.

El nombre de la señora Grandville no la ilustraba en nada, pero se calló y no preguntó nada más.

Despues de medio dia, Cárlos, que se fastidiaba terriblemente léjos de su hermana, se deslizó en la habitacion, de la que la señora Cárlos acababa de salir para volver un momento á la suya. Pequeña Madre estaba completamente tranquila en su pequeña cama, los ojos abiertos y la mirada natural. El niño se aproximó hácia ella más dulcemente de lo que tenia costumbre hacerlo, porque empezaba á comprender que la enferma tenia necesidad de cuidado. Ella quiso levantar su mano para hacerle una caricia, pero le faltaron las fuerzas y la pequeña mano cayó.

«Abrázame, Cárlos,» le dijo.

El la dió un beso.

«¿Quieres quedarte conmigo un poco?»

«Yo bien quisiera, pero me regañarán. Dicen siempre que es necesario dejarte tranquila. Yo me fastidio mucho, Pequeña Madre.»

Los labios pálidos de la enferma se entreabrieron para responder, pero no dijo nada y dirigió á Cárlos una mirada compasiva.

Quedaron en silencio por un momento. Cárlos se balanceaba con los pies, pues era incapaz de estarse tranquilo, á pesar de su buena voluntad. Pequeña Madre, que sentia que este movimiento le mareaba, cerraba los ojos para no verle.

(Se continuará.)



EL BUEN PASTOR.

Voy á contaros algo de una montaña escocesa, queriditos lectores míos.

Tengo yo un amigo que vive al pie de uno de los montes más elevados de aquel país, el Ben-Nevis, cuya cima se levanta con orgullo hasta más allá de

las nubes, cubierta con un manto de nieves perpétuas.

¿Y cuántas ovejas y corderitos direis que tiene mi buen amigo?

«Trescientos? cuatrocientos? mil?»

No, no, muchos, muchísimos más.

«¿Dos, tres, cuatro mil?»

Oh! más todavía, muchos más.

¡Vaya! acabemos de una vez. D. Guillermo, que tal es el nombre de mi amigo, tiene.... ¡diez mil ovejas y corderitos!

«¡Diez mil!!

Entonces ¿cómo se las compone para cuidar de tanto animalito?»

Pues ahí está lo bueno. D. Guillermo tiene unos cuantos pastores y zagales que saben cumplir muy bien con su obligación; y tal es el interés, el amor y el cariño que sienten por sus corderos, que nunca se olvidan ni descuidan de uno siquiera.

Bien podeis suponer cuál es allí el asunto de casi todas las conversaciones.

Hablaba yo una vez con mi amigo, cuando de pronto fuimos interrumpidos por las voces del mayoral, que llegaba corriendo y gritando: «Se nos han metido muchas ovejas en la *Roca del Castillo*. ¿Quiere V. que vaya con alguno de mis compañeros á salvarlas del peligro?»

«Vaya si lo quiero, y daos mucha prisa,» dijo mi amigo.

Y cogiendo una cuerda echaron á correr ambos pastores.

Y yo tras ellos, no pudiendo resistir mi curiosidad; ¡tanto me interesaba!

Pero ¿cómo pudieron llegar á tan apurado trance aquellos animales? Pues muy sencillo. Las ovejas y los corderos, como sabeis sin duda, van siempre en busca de las matitas de hierba más tiernas y frescas. Ahora bien; sucedió que algunas ovejas, paciando, paciando, des-

cubrieron tres ó cuatro matitas de hierba fresca allá, un poco *más abajo*, y al momento saltaron las rocas, como diciendo alegres: «¡Y qué buen pasto tendremos allí!» Pero luego vieron allí que no habia bastante hierba para almorzar todas, y buscando más, vieron otra matita *un poco más abajo*, y luego otra, y otra, hasta que sin darse cuenta de ello, fueron á parar allí donde sus vidas no estaban muy seguras, porque les era har-to difícil salir de aquel peligroso sitio, aunque les habia sido tan fácil meterse en él.

Debajo de ellas habia un precipicio muy hondo y escarpado; encima, una roca de más de cuarenta pies de elevacion. ¿No os parece que aquellas ovejas habrian de regocijarse mucho á la vista de un buen pastor que acudiera á salvarlas?

Veamos, pues, lo que sucedió.

El mayoral, atado á la cintura un cabo de la cuerda, y ayudado del otro pastor, que la iba soltando, descendia, descendia muy despacio.

Pero ¡si estarían locas aquellas ovejas! ¡No reconocieron á su buen pastor! Ciegas, aturdidas de espanto, prefirieron ¡oh insensatas! prefirieron arrojarse al despeñadero y estrellarse contra las rocas antes que llegarse á los pies de aquel que, sufriendo mil quebrantos y exponiendo su vida á las desventuras de un camino áspero y rodeado de peligros, y movido tan sólo por su amor inmenso, habia venido de léjos, muy léjos, á buscar y á salvar á sus perdidas ovejas!

(*Se concluirá.*)

FUEGOS FÁTUOS.

No deben confundirse estas llamas eléctricas con los fuegos fátuos que aparecen frecuentemente en el verano en los pantanos y los barrancos. Estos vapores son debidos al gas hidrógeno perfosforado que se desprende del cuerpo de los animales, y sobre todo del pescado, cuando se descomponen.

Existe en disolucion en este gas una sustancia que se inflama al contacto del aire, y que el calor solar modifica rápidamente, de manera que no puede haber fuegos fátuos en pleno dia.

Las más ligeras corrientes de aire hacen vacilar estas llamas, cuando marcha uno, y esto ha dado origen á cuentos absurdos de apariciones de espíritus.

La fosforescencia del mar es debida á infinidad de animalillos que imitan la luz como las luciérnagas, durante su vida, mas no despues de su muerte. Un dia que el mar se hallaba fosforescente, un capitan mandó sacar un cántaro de esta agua luminosa y verterla sobre cubierta, pero la luz se apagó al momento, despues de ejecutada la órden, y se vió, en vez de animales distintos, un agua mezclada con mucílago.

LA PEQUEÑA MADRE.

(CONTINUACION.)

Al cabo de dos minutos, que habian parecido á Cárlos muy largos, ella le dijo:

«¿Quién me ha dado esta hermosa cama, lo sabes tú?»

«Oh, sí,» gritó Carlos alegremente, «es ella, la *pequeña señora*. Ella ha enviado la cama, y el vino, y el caldo, y su mamá ha venido á verte, y la señora Perlet ha dicho que estas eran personas muy encopetadas.»

«¡La *pequeña señora!*» repitió la enferma con su voz débil.

Calló durante algunos momentos, y despues preguntó:

«Cárlos, ¿qué es lo que ella ha dicho?»

Ella no pudo explicarse mejor, pero Cárlos comprendió.

«Ha dicho,» respondió él, «que ella te habia dado la moneda de cincuenta céntimos en oro.»

Pequeña Madre volvió á cerrar los ojos. Le habia dado una alegría tan intensa al saber que no seria más acusada de robo, y tan profundamente la habia sentido, que no habia podido soportarla.

Cansado del silencio que habia vuelto á empezar, empero no osando romperlo, Cárlos dejó la habitacion. Cuando la señora Cárlos volvió á entrar, la pequeña enferma estaba tranquilamente dormida, las manos juntas sobre su pecho, los labios entreabiertos por una media sonrisa. Tenia una apariencia de calma y de bienestar tan completo que la anciana señora se dijo mirándola:

«¡Cómo se ve que está mejor! He aquí la primera vez que la veo dormir con un sueño tan bueno.»

Al dia siguiente estaba la señora

Perlet en su cuartito, que debia dejar bien pronto, cuando una carita jóven y sonriente se le apareció.

«¿Es esta la casa de una niña que se llama Pequeña Madre?»

«Sí, sin duda, pero ¿para qué la quiere V.? La pobre niña está muy enferma.»

«¡Muy enferma!» repitió Silvania, porque era ella, como nuestros lectores ya habrán adivinado; «pero espero que no de peligro.»

«Y tan de peligro, que hasta hoy no se ha creido poder salvarla. ¿Qué quiere V. de ella?»

«¡Pobre pequeña! ¿Y de qué ha caido mala?»

«Creo que es la pesadumbre. Se la ha acusado de robo. La pobre niña ha sufrido demasiado. ¡La injusticia hace tanto daño!»

La señora Perlet hablaba con cierta aspereza, olvidando que ella tambien habia tenido su parte en esta injusticia.

Silvania palideció y miraba á la portera con una cara consternada.

«¡Pobre Pequeña Madre!» dijo; «¿cómo hemos podido sospechar de ella! La cruz ha sido encontrada esta mañana y he venido á decirlo sin perder un minuto.»

«¡Ah!» dijo la señora Perlet mirando atentamente á la jóven; «¿es V. pues, Silvania? V. bien hubiera podido tomarse el cuidado de buscar su cruz un poco más presto. Nos hubiera ahorrado á nosotros estos enredos y á esta pobre niña una enfermedad que todavía no ha dicho su última palabra.»

De buena gana hubiera llorado Sil-

vania al oir estas palabras, pero no habia tenido culpa en todo esto; ella no podia hacerse reproches.

«Escuche V.,» dijo, «voy á decirlos cómo han pasado las cosas. Cuando volví á casa despues de haber confiado los dos niños á la señora *Naneta* para que los tuviera consigo, me apercibí de que me faltaba la cruz de oro. Me parecia estar bien segura de que no la habia vuelto á ver desde que se la habia enseñado la víspera, empero queria esperar para ver si estaba perdida en el camino, ó quizás en el patio del cortijo cuando puse los niños sobre la carretilla. A despecho de mi abuela que sostenia que eran ellos los que la habian tomado, he recorrido el camino buscando por todo y he ido á preguntar al cortijo si alguien la habia visto. Hemos todavía buscado durante todo el dia sin encontrar nada, y me ha sido necesario creer que los otros tenian razon. La señora *Naneta* me dijo, que ella hallaria á los ladronzuelos y que me devolveria mi cruz si estaba todavía entre sus manos. V. comprenda que cuando al dia siguiente vine y me dijo que la habian vendido por una moneda de diez francos, no abrigué ya duda alguna; yo he considerado mi cruz como enteramente perdida, y no he hecho más pesquisas. Ya no pensaba más en ella, porque se consuela uno fácilmente de estas desgracias, cuando de repente, esta mañana, limpiando la cuadra de mi cabra, ví brillar una cosa y la cogí; era mi cruz de oro, medio cubierta de tierra.»

(Se continuará.)

1. A — par — te del mun — do, Se — ñor, me re — ti — ro; De

lu — cha y tu — mul — tos an — sio — so de huir, De es — ce — nas de hor —

ror, don — de el mal vic — to — rio — so Ex — tien — de sus re — des y se ha —

ce ser — vir; Ex — tien — de sus re — des y se ha — ce ser — vir.

2.

El sitio apartado, la sombra tranquila,
 Convienen al canto de ruego y loor;
 Tu mano bondosa las hizo sin duda
 En bien del que humilde te sigue, Señor.

3.

Allí si tu espíritu inspira mi alma,
 Y llega la gracia mi pecho á tocar,
 Con paz, con amor y con gozo podria
 Ardiente tributo á su Dios elevar.

4.

Allí, solitaria, su canto derrama
Cual suele en el bosque feliz rruiseñor;
Ni quiere testigos que escuchen sus notas,
Ni aspira al aplauso de humano loor.

5.

Oh, tú, que creaste y defiendes mi vida,
Oh fuente de gloria que mira la fe,
Y nombre armonioso que todos compen-
(dia
Oh tú Salvador, eres mio, lo sé.

6.

Te debo tributos de amor y de gracias
Por este abundante y glorioso festin;
Tributos que harás resonar en los cielos
Por años sin cuento, por siglos sin fin.

EL BUEN PASTOR.

(CONCLUSION.)

Mas no todas saltaron. Hechas un ovillo al borde del precipicio, habia unas cuantas que, oyendo la tierna voz de su pastor, corrieron á él gozosas, y fueron puestas en salvo por medio de la cuerda.

Y una vez subidas todas, luego el mayoral subió tambien, consolado en parte de la pena que le daba el triste fin de aquellas ovejas insensatas, por el gozo de haber salvado á las que aguardaron su venida.

Pero suponed, amiguitos mios, que al rozar la cuerda por la peña se hubiera roto cuando el mayoral estaba á cierta altura, y que fuérais vosotros las ovejas salvadas. ¡Cuánto os hubiérais conmovi-

do al mirar abajo, ver tendido en el fondo del precipicio, sin aliento ni vida, el cuerpo ensangrentado de vuestro libertador! Jamás, jamás le hubiérais olvidado.

¡Ah! amigos mios: es muy cierto que nosotros somos muy parecidos á aquellas ovejas; pues «todos nosotros nos descarriamos como ovejas.» (Isaías 53, 6.) Y esta es la verdad que tenemos que reconocer bien, si apreciáramos lo que ha hecho Jesucristo, el Buen Pastor, para salvarnos. No imitemos, pues, á aquellas ovejas insensatas, que despues de haberse perdido, huyeron de la presencia de su pastor, quien á riesgo de su vida acudió en su ayuda. Malo, sí, muy malo es el apartarnos del Buen Pastor, pero mil veces peor es el rechazarle, cuando él tan benigno, nos ofrece la salvacion. Escuchemos su dulce voz: «Yo soy el Buen Pastor; el buen pastor da su vida por sus ovejas.» (Juan 10, 11.)

Dijo otra vez el Buen Pastor: «Yo pongo mi vida por mis ovejas.»

Siendo grande la esclavitud del mundo, inmenso habia de ser el rescate; tan inmenso, que no bastaba el mundo entero para satisfacerlo.

Vino entonces el Buen Pastor, y «se dió á Sí mismo en precio del rescate por todos.

¿Y sabeis por qué sudó sangre su frente divina en el huerto de Getsemaní? Sin duda porque sentia su alma oprimida por el peso terrible de nuestra maldad, y sabia los quebrantos y amar-

guras que habia de padecer por librar-
nos de él.

¿Seguireis vosotros el ejemplo de
aquellas ovejas ingratas, que huyeron
de su pastor y perecieron en el abismo?
¿Tendreis en poco una salvacion tan
grande? Ah! ¿por qué resistir más á
Cristo con ese corazon tan duro? Ex-
tendidos los brazos, Él os llama y os
dice con ternura:

«Yo soy el Buen Pastor. Venid,
venid á Mí.»

Corred, pues; confiad en Él y sereis
salvos.

Salvos por siempre.

LA PEQUEÑA MADRE.

(CONTINUACION.)

Yo no sabia cómo explicarme esto,
pero me acordé de repente de que tomé
un brazado de heno, que habia servido de
cama á los niños, para llevarlo á la Par-
dilla; sin duda la cruz se cayó allí, y
como es ligera, se habia perdido y no
ha sido encontrada hasta que el heno ha
sido consumido. Afortunadamente, mi
cabra no la ha tragado con su provision,
pero que esta pobre pequeña haya su-
frido tanto, esto es lo que me duele.»

La relacion de la jóven habia apaci-
guado á la señora Perlet. En tales cir-
cunstancias era verdaderamente impo-
sible que Pequeña Madre no fuese
sospechosa, sobre todo para las personas
que no tenian antecedentes de ella. Ofre-
ció una silla á Silvania y le dió algunos

detalles sobre la enfermedad de la niña.

«Está hoy mejor, reconoce á todo el
mundo y habla un poco. Puede ser que
le dé gusto al veros, porque nos ha
hablado de V. y de su linda cabra;
pero no se la debe hacer hablar, está
todavia demasiado débil.»

«Puede V. contar conmigo,» respon-
dió la jóven.

Subieron juntas. La señora Perlet
no habia vuelto á ver á la enferma des-
de que al salir el sol la dejó dormida
para ir á su trabajo. Encontró una gran
mudanza. La señora Carlos la habia la-
vado, la habia mudado, su cabeza estaba
levantada por una almohada; tenia ver-
daderamente el aire de convalecencia.

Sonrió y sus carrillos se coloraron
débilmente cuando apercibió á Silvania,
á quien reconoció enseguida. Esta se
aproximó para abrazarla. Estaba muy
conmovida al ver á qué punto algunos
dias de enfermedad habian cambiado
aquella carita, ya tan poca cosa por sí
misma.

Pequeña Madre fijó sobre ella sus
grandes ojos serios.

«Yo no he tomado la cruz de oro,»
dijo.

«Lo sé, lo sé, mi pequeña. La cruz de
oro ha sido encontrada esta mañana. Yo
sé ahora que la culpa es mia, que yo la
habia perdido.»

Pequeña Madre se dejó caer, como
cuando supo *que la PEQUEÑA SEÑORA ha-
bia sido hallada.*

Parecia que la alegría era siempre
demasiado fuerte para ella, y que podia

soportarla ménos que la pesadumbre.

Entonces Silvania se sentó cerca de ella y tomando su mano entre las suyas, comenzó á hablarle dulcemente, muy dulcemente y muy tranquilamente, de la cabra, del jardin, de las flores, de los prados y de todo lo que podia interesarle sin agitarla. Cárlos habia entrado y habia tomado sitio sobre las rodillas de la visitadora.

«Usted no sabe,» dijo de repente, «Pequeña Madre ha dicho que la cruz de oro está en el cuello de la cabra.»

Riéronse de esta idea. Pequeña Madre no recordaba haberlo dicho, pero le explicaron que esto era uno de sus delirios en la fiebre, y ella sonrió tambien. Silvania contó de nuevo á Cárlos donde habia encontrado la cruz.

«¿Ves tú?» dijo ella, «si no estaba en el cuello de la cabra, estaba al ménos bien cerca de ella.»

«¡Entonces, nosotros no la hemos robado!» gritó el muchacho.

Riéronse de nuevo, pero siempre sin ruido, para no molestar á la enferma; despues Silvania se levantó diciendo que debia irse para no molestarla, pero ántes de hacerlo se inclinó sobre ella para decirle algunas palabras muy quedo, y la pequeña cara pálida iluminóse alegremente.

¿Qué palabras eran estas, que nadie, sino Pequeña Madre habia oido?

«Cuando tú estés más fuerte,» habia dicho Silvania, «yo vendré y te llevaré conmigo, á fin de que puedas beber leche de mi cabra y respirar el buen aire de los bosques.»

¡Qué alegría brilló en los ojos de la niña! pero una inquietud vino de pronto á turbarla.

«¿Y Cárlos?» preguntó.

«Vendrá también, naturalmente. Yo bien sé que sin él tú no podrias ser dichosa.»

Despues de esta visita Pequeña Madre durmió profundamente durante muchas horas. Cuando se despertó, casi era de noche; creyó que no habia nadie junto á ella, pero se apercibió pronto de que Cárlos dormia tambien, la cabeza apoyada sobre su cama. Se incorporó para mirarle y vió que tenia sobre sus mejillas dos gruesas lágrimas medio secas, y que su respiracion era precipitada, como cuando se ha llorado.

«Pobre Cárlos,» pensó, «la señora Perlet es muy buena para él, pero me echa de ménos, él se aburre sin mí.»

Y se puso á acariciarle dulcemente.

El contacto de esta mano que le era tan familiar, despertó al dormilon, miró á su alrededor como sorprendido y luego dijo alegremente:

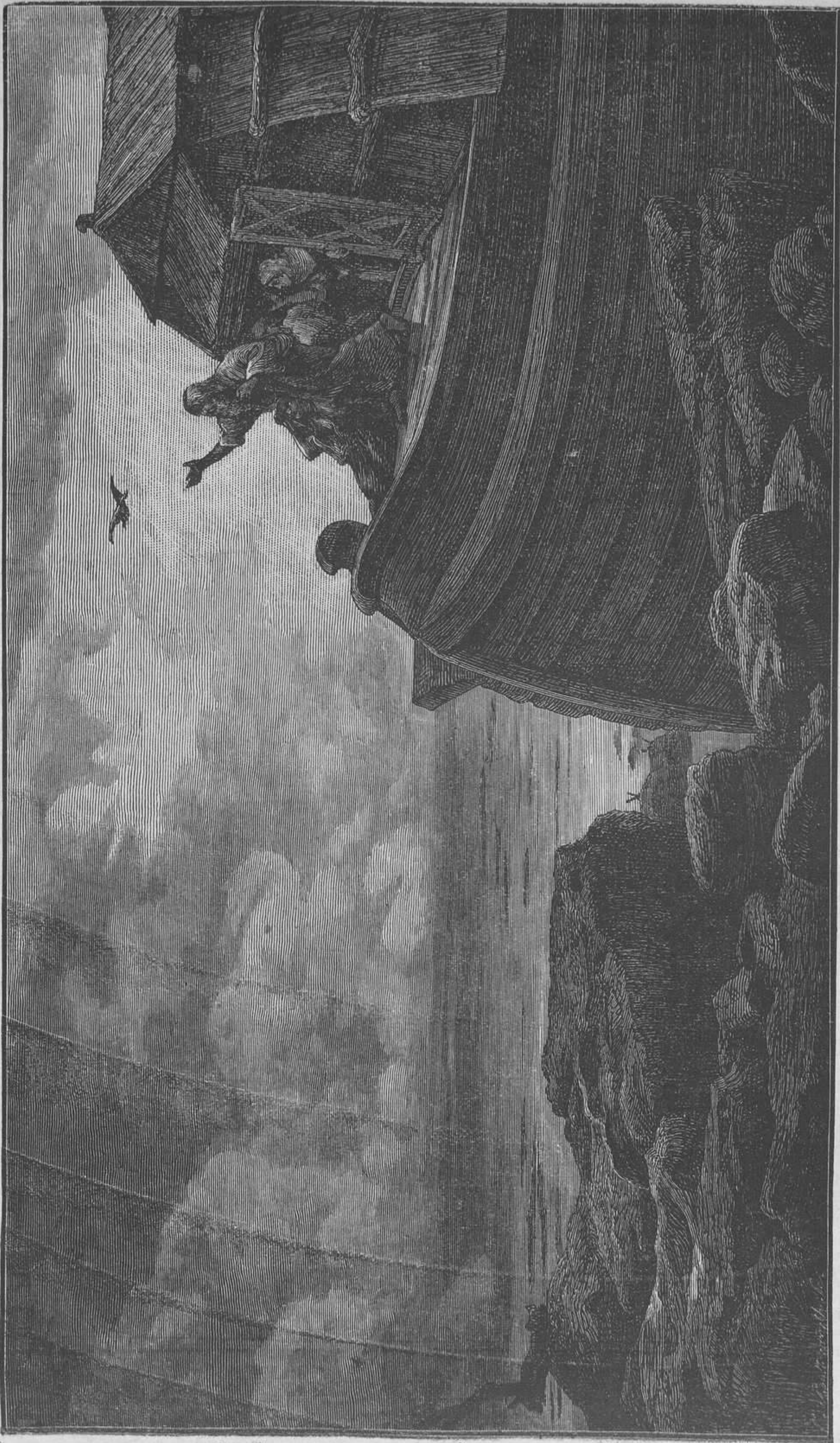
«Pequeña Madre, ¿estás buena?»

«Estoy mucho mejor, querido mio.»

«¡Ah! estoy muy contento. Ahora podré quedarme contigo. Ya nunca me echarán. Seré bueno, Pequeña Madre, yo no quiero molestarte, quiero cuidarte. ¡Si supieras qué cuidado tendré de tí cuando sea mayor! Te llevaré cuando estés fatigada y te daré todo lo que tenga.»

«Eres muy bueno,» dijo Pequeña Madre más conmovida de lo que podia manifestar.

(Se continuará.)



EL ARCA DE NOÉ.

EL ARCA DE NOÉ.

Dividida la descendencia de Adam en dos ramas, se designaba con el nombre de *hijos de los hombres* á la descendencia de Cain, y con el de *hijos de Dios* á la de Seth, que no querian tomar parte en los pecados de los otros. Pero hé aquí que las mujeres de la raza de Cain eran hermosas, y los hijos de Dios se unieron en matrimonio con ellas, y resultó que se hicieron tan malos como los de su raza. Esto sucede muy frecuentemente; no hay quien se acerque á la lumbre sin calentarse; así tampoco hay quien se acerque á los malos sin acostumbrarse á la maldad de ellos; por eso debemos cuidar de evitar este roce, que trae tan funestos resultados; seguramente que si sólo hubiera sido mala *una parte* de la humanidad, no hubiera Dios enviado tan terrible castigo.

Entonces «vió Dios que la malicia de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazon de ellos era de continuo solamente el mal; y se arrepintió de haber hecho hombre en la tierra, y pesóle en su corazon.» ¡Qué espectáculo seria este ante los ojos de Dios para tomar resolucion tan terrible! No halló en la tierra más hombres justos que Noé y su familia, y comprendió que si el mundo continuaba así, llegaria á no ser ninguno el que se acordara de él; y entonces se decidió por arrancar á todos los malos de sobre la haz de la tierra, no sin darles en su misericordia infinita aun

tiempo para que se convirtieran, pues les señaló ciento veinte años, al cabo de los cuales vendria el diluvio.

Viendo que era imposible convertir á tan perversos hombres por medio de la bondad, envió el terrible castigo, y mandando á Noé entrar en el arca, abrió las cataratas del cielo, y destruyó todos los demás seres de la tierra.

Pero vosotros conoceis ya esta historia, y mirando la lámina sabreis tambien lo que significa: El viejo Noé extendiendo su mano á la paloma que habia soltado por segunda vez, para ver si estaba seca la tierra; era la tarde del dia y volvia con un ramo de olivo en el pico; entonces conoció Noé que las aguas habian empezado á descender en la tierra. Así este ramo de olivo era la señal de paz para él, anunciándole que Dios se habia acordado de él y de su familia y de todos los animales que estaban con él en el arca. Desde entonces una paloma con un ramo de olivo en el pico se ha hecho símbolo de la paz. Y Dios puso luego el arco de su paz en las nubes, para asegurar al hombre de su perdón y fidelidad. «Porque los montes se moverán, y los collados temblarán, mas no se apartará de tí mi misericordia, ni el pacto de mi paz vacilará, dijo Jehová, el que tiene misericordia de tí.»

En nuestro tiempo, la paloma con un ramo de olivo en la boca, ha servido de símbolo á *las diaconisas* ó servidoras de la iglesia de Cristo, que segun se hizo antiguamente en el tiempo de los apóstoles (Rom. 16, 1), llevan el mensaje de

paz y consolacion cristianas á las casas de los pobres y á los corazones de los afligidos entre sus hermanos.

DISTANCIAS ATMOSFÉRICAS.

Por el ruido del trueno puede calcularse la distancia de una nube. Sabido es, que á 16 grados de temperatura el sonido recorre en el aire 340 metros por segundo: multiplíquense 340 por los segundos trascurridos entre el relámpago y el momento en que empezó á oirse el trueno, y tendremos la distancia de las nubes.

«Yo he oído á veces trueno,» me dirá alguno, «que produce como un redoble de tambor.»

Eso depende de la distancia que recorre el relámpago y de la posicion de las capas de aire que recorre, y que se hallan más ó ménos lejanas, y el aumento ó disminucion del ruido puede ser la consecuencia de su repercusion en los edificios, rocas, colinas y montañas.

LA PEQUEÑA MADRE.

(CONTINUACION.)

«Estaba muy triste sin tí. Quería siempre subir, pero me decian: No, no, la molestarás. Y he oido decir á la anciana señora que no me debian dejar venir á tu lado, porque era egoista. ¿Es verdad, Pequeña Madre, que soy egoista?»

No podia decir que no, y no queria decir que sí. Respondió pues:

«No lo serás más, Cárlos.»

«¿Qué es eso, qué es eso de ser egoista?»

Pequeña Madre reflexionó. No tenia de ello más que una idea muy confusa.

«No lo sé bien,» dijo «pero no es bonito.»

«Tal vez sea cuando coge uno todo para sí,» respondió el muchachuelo ilustrado por su conciencia.

«Sí, puede ser.»

«Yo, empero, no he sido egoista cuando te he traído mi chocolate ¿recuerdas? el primer dia que estabas enferma. Y tú no has querido comerlo. Estuvo muy feo, Pequeña Madre.»

«No recuerdo, Cárlos.»

«¡Oh! sí, tú cerrabas la boca, así. Y sin embargo, tú sabias que me daría gusto si lo comieras.»

Pequeña Madre no tuvo nada que decir en su defensa; no se acordaba de este desprecio de que se le acusaba, pero estaba completamente dispuesta á reconocer que hubiera debido consentir en todo para complacer á Cárlos.

La conversacion comenzaba á fatigarla y pronto se apercibió el pequeñuelo.

«Escucha,» dijo, «quiero darte de tu vino. La señora Perlet dijo que te hacia mucho bien. ¿Dónde está la botella? ¡Ah! hela aquí. Te voy á echar un vaso lleno. Bébelo.»

«No, no, Cárlos, no me dan más que un dedito, una cucharada sola á la vez. Yo no podria beber tanto. ¡Oh! haz el favor.»

El no escuchaba nada, y aproximando el vaso lleno á los labios de su hermana, se proponía hacérselo tragar á la fuerza, si no lo quería tomar de buena gana. Carlos entendía que así sostenía su promesa de cuidarla bien. Dichosamente la señora Carlos llegó en el momento en que la pobre pequeña iba á ceder, no pudiendo luchar más, de una manera pasiva, con los labios cerrados. Carlitos fue regañado y mandado salir, y fué á llorar á su sitio favorito, sobre la escalera.

Habia fatigado mucho á su hermana, quien tuvo una noche menos buena. A pesar de esto, estaba mejor á la mañana siguiente, y pidió que se permitiera á Carlos venir á sentarse junto á ella. La señora Carlos se hizo rogar, porque no podía comprender el placer que encontraba Pequeña Madre en la sociedad de aquel muchacho malo y le ofreció en su lugar el gato, que al menos no la fatigaría.

«Yo le quiero con gusto en mi cama,» respondió Pequeña Madre, «pero quiero también á Carlos.»

«No,» dijo la anciana señora con decisión, «yo no expondré á este pobre animal á las picardías de ese bribonzuelo. Elige, ó el uno ó el otro, pero no los dos.»

«Entonces, quiero á mi Carlos. ¡Está tan triste sin mí!» añadió con tono suplicante.

La señora Carlos, un poco escandalizada por esta elección, fué á llamar á Carlos y se retiró á su habitación con su gato. Los dos niños se encontraron con gozo. Pequeña Madre tenía más ganas de hablar que la víspera; hacia preguntas á Carlos sobre todo lo que había pasado desde su enfermedad, en particular sobre las visitas de la mamá de la linda pequeña señora.

«¡Ah!» dijo cuando Carlos le hubo contado todo lo que sabía, «ahora sé que el buen Dios nos oye cuando le oramos. ¿Ves, Carlos? les ha dicho á todos que yo no había tomado la cruz de oro.»

«Es verdad,» dijo el chico con un semblante reflexivo. «Sin embargo, yo quisiera saber dónde vive.»

«Parece que nos conoce bien; puesto que nos entiende. Yo quisiera saber, si él sabe mi nombre y el tuyo, Carlos, y si conoce nuestras caras.»

«Es bien seguro que conoce nuestros nombres,» respondió Carlos, «sin esto, ¿cómo podría decir á las gentes: Pequeña Madre no ha robado la cruz de oro?»

(Se continuará.)

EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO MENSUAL ILUSTRADO.

PRECIOS DE SUSCRICION: Por un año: en Madrid, Ptas. 2; en Provincias, Ptas. 2.50. Se suscribe en la Administracion, Librería Nacional y Extranjera, Madrid, calle de Jacometrezo, 59. Remítase el importe en sellos de franqueo, ó en letras de fácil cobro.

MADRID 1888. Imp. de J. Cruzado, Peñon, 7.